

tos. Temed no diga de vuestras fiestas, lo que en otro tiempo decia á su pueblo (ISAÍ. I, 13, 14 et 15): en vano me ofreceis vuestros sacrificios: abomino de vuestros holocaustos y oraciones. No puedo sufrir vuestras fiestas, porque son inúctas vuestras reuniones: aborrezco vuestras solemnidades; excitan mi enojo; ya no puedo soportarlas más tiempo. Y así, cuando os dirigiereis á mí por medio de la oracion, levantando vuestras manos, yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazon está lleno de maldad y abominaciones. ¡Temed...! Ya me parece ver rasgarse las nubes del oielo, y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios, y que nos oprime sin remedio.

Templad, ¡oh Juez justísimo! vuestra ira; detened el golpe fatal; sustituidlo con la tribulacion, para que, haciéndonos conocer la causa por que nos la enviais, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los más respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos extrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa; único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones, que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

Véase: DOMINGOS.

## FILANTROPÍA.

*Quia sic est voluntas Dei, ut beneficientes obmutescere faciat imprudentium hominum ignorantiam.*

Esta es la voluntad de Dios, que, obrando bien, tapeis la boca á la ignorancia de los hombres necios.

(I PETR. II, 15.)

La caridad evangélica es el origen de los grandes sacrificios. Prescindir de la caridad cristiana y exigir del hombre que haga sacrificios por sus hermanos, es pedirle milagros. Sin embargo, los filósofos

humanitarios han inventado un nombre pomposo, que disputa el imperio á la caridad, cual si ese nombre fuese el símbolo de la dicha y del porvenir del género humano. Tal es la filantropía, nueva divinidad, con la cual se pretende fascinar las inteligencias. Estos filósofos humanitarios podrán escribir y perorar mucho sobre las miserias del hombre, sobre la pobreza, sobre el infortunio; pero no es probable que abandonen jamás á su familia y sus comodidades para sacrificarse por los desgraciados. La filantropía, evaporándose en palabras, discursos y folletos, malgasta sus fuerzas, y se queda impotente para obrar el bien; y halagando alguna pasion del hombre para que socorra á sus semejantes, como sucede, cuando se le lleva al teatro, desarrolla el instinto egoista del corazon, lo cual equivale á sofocar todos los sentimientos generosos y dignos. No es esa, no, la verdadera caridad, la caridad eficaz y provechosa, la caridad que no se agota, la caridad que levanta monumentos inmortales, la caridad que ha fundado todo lo existente. La caridad católica no es presuntuosa ni gusta de vanas apariencias; va buscando el fondo de las cosas, más bien que las apariencias; no lo cifra todo en inscripciones, programas y reglamentos, sino que procura robustecer los motivos que obligan al hombre á no mirar con indiferencia la miseria de sus hermanos. A esto se debe su fecundidad, tan admirable como estéril es la filantropía. Examinemos, pues, ese nuevo género de beneficencia, ensalzado por algunos hasta las nubes; y puesto que el Príncipe de los apóstoles nos manda, que impongamos silencio y confundamos la ignorancia de los hombres necios é insensatos, voy á demostraros, que la beneficencia, á la cual se ha impuesto el pomposo nombre de filantropía, por lo mismo que no está fundada en la caridad sobrenatural, no es una virtud, ni una beneficencia eficaz y provechosa. Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. La filantropía no tiene otro principio que la razon y la sensibilidad del hombre; y siendo el espíritu y corazon de éste esencialmente limitados, no pueden producir un efecto universal é ilimitado. Esta beneficencia, pues, puramente humana, no es universal por su objeto, y, por consiguiente, no es una verdadera virtud. Además, la filantropía es un sentimiento natural, que en el corazon mismo del hombre está combatido por el egoismo, los celos, la venganza, el orgullo, las antipatías, los disgustos, y otros varios sentimientos que seria prolijo enumerar; y este sentimiento, abandonado á sus propias fuerzas, no puede triunfar por sí propio de las humanas pasiones y de las inclinaciones naturales. La beneficencia que no esté fundada en un

principio, que sea, por una parte, infinito é ilimitado, y, por otra, superior á todos los sentimientos del corazon, y capaz de dominarlos todos, no será nunca universal ni eficaz.

Por eso vemos, que los hombres que siguen únicamente los principios naturales, léjos de profesar un afecto general á sus semejantes, no saben, en la ocasion oportuna, disimular su aversion hácia aquellos cuyo genio, cuyas pretensiones é intereses no están de acuerdo con los suyos propios; ménos aún hácia los que se les presentan como contrarios ó los miran como enemigos. Es necesario vencer y destruir en nosotros mismos la naturaleza, con sus debilidades y repugnancias, para cobrar inclinacion á lo que nos desagrada ó es naturalmente insoportable, al rival que nos suplanta, al envidioso que nos aborrece, al pérfido que nos vende y hace traicion. Es preciso un esfuerzo extraordinario para privarnos de los gozes que nos encantan, solo por socorrer, tal vez á expensas de nuestra propia vida, á hombres indiferentes, ingratos, ó, acaso, á enemigos declarados é irreconciliables. Se necesita una fuerza superior á todos los sentimientos del corazon, para despreciar los peligros, sacrificar su fortuna, exponer su bienestar, sus intereses, su tranquilidad, todo, con el único objeto de salvar á unos séres desgraciados, de quienes ninguna recompensa se espera, y á quienes no estamos unidos más que con los vínculos comunes de la humanidad. Y ¿quién es capaz de comunicarnos esta fuerza? La caridad divina, esencialmente infinita, es la única que puede sojuzgar el corazon del hombre, y dominar todas sus afecciones: la que eleva á las criaturas sobre sí mismas, enaltece su facultad de amar, les comunica los sentimientos del Sér infinitamente perfecto, á quien aman; les hace mirar á todos los hombres con respecto á Dios como sus hijos, imágenes suyas, objetos de su ternura; les inspira hácia ellos un amor sincero y un ardiente deseo de hacer bien á todos, sin excepcion de patricio ó extranjero, conocido ó desconocido, amigo ú enemigo; y, por último, les comunica la fuerza necesaria para sacrificarse por cualquiera de sus semejantes.

Pero suprimid la caridad, derrocad de su radiante solio á esa majestuosa reina de las virtudes; ¿que podreis sustituirla, para que el hombre sea benéfico? ¿Seremos tan menguados de creer, que para inspirar á un sér limitado é imperfecto, á quien tantas pasiones agitan, y á quien intereses tan encontrados separan de sus semejantes, una beneficencia universal y contraria á sus inclinaciones, basta dirigirle algunas pomposas frases filosóficas? ¿Tendremos la candidez ó la locura de persuadirnos, que para volver al hombre humano y compasivo, y para hacerle triunfar de su amor propio, de sus inclinaciones

y de sus caprichos, basta una virtud puramente humana? Si hubiese, entre mis oyentes, alguno que lo creyese, le diria, que examinase, aunque ligeramente, los hechos que nos ofrece la historia de los pueblos que precedieron á la venida de Jesucristo, y mirase si encuentra en ellos, no digo ya la práctica, pero ni aún la idea de esa beneficencia universal y positiva que inspira la caridad evangélica. Millares de filósofos habian aparecido en el mundo en el trascurso de cuatro mil años, cuando el Hijo de Dios vino á enseñar su celestial doctrina; y, sin embargo, los monumentos todos de aquellos siglos no nos ofrecen sino el egoismo en todo su furor, y el olvido de los más sagrados é imprescriptibles derechos de la humanidad.

2. Solo el Hombre Dios pudo inspirar á los hombres esos sentimientos, que estrechan todos los séres racionales con los lazos de un amor comun. La caridad, que habia presidido al gran pensamiento de la venida del Hijo de Dios á este mundo, fué la que el mismo Hijo de Dios, hecho hombre, puso en práctica sobre la tierra. Curar los enfermos, consolar á los afligidos, defender al oprimido, enseñar á los ignorantes, socorrer á los necesitados, hé ahí los ejercicios continuos de Jesucristo en la tierra. Su vida no fué, segun la expresion del Príncipe de los apóstoles, sino un acto continuo de caridad y beneficencia: *Pertransit benefaciendo* (Act. x, 38). Y esta misma virtud la exigió de sus discípulos. Este es mi precepto, dijo á los apóstoles; que os améis mutuamente como yo os he amado á vosotros. Solo posee en toda su extension la caridad; y no puede concebirse otra mayor, el que sabe exponer y sacrificar su vida por sus amigos. Y Jesucristo fué el primero que presentó al mundo el espectáculo de dar su vida para salvar á los hombres. Desde entónces, á imitacion del Redentor, viéronse surgir mil y mil discípulos suyos que le siguieron en este camino, y se hicieron víctimas de la caridad por sus hermanos.

Esta caridad fué, entre todas las demás virtudes que practicaban los primeros fieles, la que llamó sobre manera la atencion de los idólatras, confundió sus preocupaciones; y más de una vez, hizo cambiar en veneracion, la aversion que tenian á los cristianos. Monumentos de todo género atestiguan, que en los tres primeros siglos, en que la persecucion fué más continua y violenta, la caridad de los fieles excitaba el asombro y la desesperacion de los que no podian saciarse de su sangre. Su elogio está consignado en los escritos de sus propios enemigos y de los magistrados, que con tanta inhumanidad los enviaban al suplicio. ¡Y cuántas veces la fuerza irresistible del ejemplo, hizo caer á los piés de las víctimas á los mismos verdugos que las

atormentaban! Ni era posible presenciar sin admiracion el espectáculo que daban al mundo unos hombres, que, no contentos con sacrificarse por sus hermanos, llevaban el heroísmo de su caridad, hasta declararse los bienhechores de los que tenían por sus más encarnizados enemigos, y en realidad lo eran. Su caridad era la apología más sublime de la religion que profesaban, y la respuesta que sellaba los lábios de los que, ignorantes, la blasfemaban.

A esta caridad se debió la construcción de tantos magníficos hospitales y tantos asilos de mendicidad; se debió la institución de algunas órdenes religiosas de ambos sexos, para servir y consolar en sus necesidades al enfermo y al desvalido; la caridad se propuso abolir la mendicidad, no con leyes severas, sino con socorros abundantes. La caridad inspira á millares de hombres apostólicos suficiente abnegación, para abandonar su país natal, y para desafiar los peligros de la navegación, para ir hasta las extremidades del universo en busca de las hordas salvajes, para llevarles, junto con la civilización, las leyes, las costumbres y la felicidad verdadera y eficaz. La caridad es la virtud, que comunica al siervo de Dios aliento para penetrar en la cabaña del pobre infestado por el contagio, y en donde la implacable muerte ejerce su terrible imperio. ¡Horrendo espectáculo! El objeto ménos triste que hiere su vista es el mismo moribundo; á su alrededor ve una esposa afligida, hijos inconsolables, que, cual más, cual ménos, llevan impresa la imágen de la muerte en la palidez de sus extenuados semblantes. Si el horror del último momento es tan terrible, aún en medio de la pompa y bajo el techo dó habita la opulencia, ¡qué impresion no ha de causar su vista en unos lugares, donde están reunidas toda clase de miserias y sufrimientos! Pues bien; este es el espectáculo que se presenta á la vista del sacerdote católico en los asilos del dolor y de la mendicidad; y con todo, penetra gustoso en ellos, lánzase al través de cuantos horrores inspira á la débil humanidad, la infección, el abandono y la indigencia. Nada le arredra; nada es capaz de hacerle sucumbir. La caridad divina le apremia; por eso prodiga toda clase de consuelos al infeliz, y procura por todos los medios posibles salvar la vida de su hermano. No quiere testigos, no desea espectadores, ninguna debilidad influye en su corazón; la caridad le anima, y la recompensa prometida á la caridad en el cielo, le alienta. Acaso, despues de sus generosos sacrificios, será víctima de su caridad, el mundo ingrato le desconocerá, olvidará su desinterés y su heroísmo; pero, no importa; el verdadero católico no vacila en sacrificar su tranquilidad, sus conveniencias, su porvenir, su existencia por la gloria de aquel, que por un exceso de infini-

ta caridad hácia los hombres, vino á derramar con profusion su sangre preciosísima, para salvarlos y hacerlos partícipes de su propia felicidad.

3. ¡Qué contraste tan singular no ofrece la filantropía, comparada con la caridad evangélica! Hagamos un sucinto paralelo entre ambas. La caridad es esencialmente divina; Dios solo es el fin, el objeto, el móvil de todos sus actos; y como nada espera del mundo, ni gratitud ni elogios, poco le importa que los hombres la conozcan y aprecien sus servicios, con tal que éstos cedan en provecho y utilidad de sus prójimos. La filantropía es una simple virtud cívica, que ha menester la publicidad y la apariencia y las consideraciones del siglo para desarrollar su heroísmo. Si alguna vez el filántropo parece, estar animado de la compasión hácia sus semejantes, este sentimiento es fruto de las circunstancias, y desaparece tan pronto como deja de existir el motivo que le impelia, á saber: el deseo de la gloria, y de la celebridad humana. La caridad, no satisfecha con derramar á manos llenas toda clase de consuelos y socorros sobre el pobre, el afligido, el huérfano y la viuda, se une con suaves y estrechos lazos al que es su jurado enemigo; ruega por él, por él se sacrifica, por él derrama lágrimas, condoliéndose más del pecado en que incurre, que de la ofensa personal que de él recibe. No se aviene con el encono, ni con la venganza, ni con la resistencia, ni con la rebelion contra los mismos perseguidores; no conoce ninguna de las malas pasiones que abriga con frecuencia el corazón del hombre, y que la corrompida naturaleza se esfuerza inútilmente en justificar; nada de esto tiene cabida en el corazón donde reside la caridad. La filantropía, al contrario, persiguiendo inclemente á todos cuantos disienten de sus ideas ú opiniones, llena el mundo de luto y desconsuelo. So pretexto de abolir la mendicidad, impone silencio al desventurado que pide un pedazo de pan, y prepara á la indigente ancianidad lóbregas prisiones, más que asilos cómodos y aptos para disminuir sus desgracias. Lanza sin pudor el epíteto de intolerante contra la religion, que erigió magníficos edificios en favor de la humanidad afligida; y al grito de progreso y felicidad, se apodera de los bienes que la caridad evangélica habia destinado al socorro de toda clase de necesidades. La caridad, en fin, es sufrida, es dulce; no tiene envidia, no obra precipitada y temerariamente; no es ambiciosa, no busca sus intereses, no se huelga de la injusticia; y cuando la pesada mano del Dios vengador envia sobre los pueblos alguno de sus terribles azotes, con que suele castigar delitos no expiados por la penitencia, se deja ver en medio del general abatimiento y de la consternación que ocupa todos los es-

piritus, para socorrer á todos, para consolar á todos y sacrificar su propia existencia, á trueque de salvar la de sus hermanos, á quienes ve sucumbir víctimas del abandono en que yacen. Pero la filantropía, dominada de un torpe y soez exclusivismo, no reconoce otros intereses que los suyos propios; chupa hasta la última gota de sangre del pobre, por medio de un agiotismo impío; despoja á su patria, en nombre del patriotismo; empobrece los templos y los ministros del Señor al eco de religion y de culto; siembra la miseria y el envilecimiento en todas las clases, al propio tiempo que aturde los oídos con los gritos de prosperidad y progreso; y, reconcentrando dentro de sí misma toda su solicitud y sus cuidados, se presenta en toda su cobardía y fealdad, que le es propia, siempre que se deja ver alguno de estos fenómenos extraordinarios, que, de cuando en cuando, suelen llenar de espanto á la humanidad entera.

En vano, pues, se intenta sustituir la filantropía á la caridad del Evangelio. Los hechos de ambas son bien patentes, y demasiado manifiestos sus resultados, para que los hombres se dejen deslumbrar por los que ensalzan hasta las nubes el nuevo género de beneficencia, al que se ha decorado con el pomposo nombre de filantropía. Toda beneficencia que no esté fundada en un principio divino, y de él se derive como la rama se desprende del tronco, será un sueño, no una verdad ni una virtud positiva. Solo el amor divino puede destruir el egoísmo del hombre, y volverle capaz de experimentar las delicias de la verdadera beneficencia, de la beneficencia que, practicada en nombre de Jesucristo, nos hace dignos de una eterna recompensa.

Practiquemos, amados oyentes, la más excelente de las virtudes; corramos con ardor en pos de la caridad divina, de esa caridad ajena de todo punto á los cálculos y sórdidas especulaciones de los hombres, y tan distinta de la filantropía, cuanta es la diferencia que media entre el lenguaje y el espíritu de Dios, y el lenguaje y el espíritu del mundo. No amemos, os diré con el amado discípulo, no amemos solamente de palabra, sino de obra y de verdad: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate*. Amemos á nuestros semejantes en Dios y por Dios: amémoslos como á nosotros mismos; hagámosles todo el bien que para nosotros deseáramos: sepamos prevenir sus necesidades, anticipémonos á sus súplicas, practiquemos la beneficencia con alegría, con desinterés, con el único deseo de agradar á Dios; de este modo impondremos silencio y confundiremos la ignorancia de los hombres nécios y locos, como nos manda san Pedro, y el Padre celestial recompensará con esplendidez nuestra caridad.

Salvador amabilísimo, que desde la eternidad amasteis á los hom-

bres con una caridad perpétua, inspiradnos á todos los sentimientos generosos, que estrechan todos los seres racionales con los lazos de un amor comun. Vos nos mandais, que nos amemos unos á otros como vos nos habeis amado; haced, pues, que nos sacrifiquemos por nuestros hermanos, y llevemos el heroísmo de nuestra caridad hasta declararnos los bienhechores de nuestros enemigos, para que, de este modo, merezcamos que nos reconozcais por verdaderos discípulos vuestros, nos honreis con vuestro amor, y nos hagais partícipes de vuestra felicidad en el cielo.

Véase: FRATERNIDAD.

FIN DEL HOMBRE; véase: HOMBRE.

FLAQUEZA; véase: FRAGILIDAD.

---

## FILIACION DIVINA DEL CRISTIANO.

---

*Ecce ego, et pueri mei, quos dedit mihi Deus.*  
He aquí yo, y mis hijos, que Dios me ha dado.

(HEB. II, 13.)

Una de las verdades incontestables de nuestra fé es, que en el mundo de la naturaleza y de la gracia, todo fué hecho por el Verbo de Dios.

*La vida, que estaba en él*, la comunicó con inmensos tesoros de amor á millones de criaturas. Estas palabras de san Juan nos indican, que el Verbo, hecho hombre, Jesucristo, es el padre eterno de todas las cosas, puesto que á él únicamente deben la vida.

Este modo de hablar, impropio, al parecer, cuando se aplica á la creacion, á la supremacía de Jesucristo, sobre los seres privados de raciocinio, adquiere una extraordinaria fuerza de verdad, cuando expresa las relaciones de filiacion que con él nos unen. Al recitar la oracion dominical, el cristiano se dirige á la Trinidad entera, dándole el título de Padre, título que el Salvador puede reivindicar de